

EL SEÑOR PRESIDENTE

«Tendré, si Dios quiere, un destino nacional». Pompidou, hablando en Ginebra hace cuatro meses, era un remedo de Macbeth escuchando a las brujas. Era, también, sus propias brujas. Las voces que escuchó Macbeth, como las de Juana de Arco, venían de fuera. Las de Pompidou nacían de sí mismo. Hace cuatro meses, De Gaulle ejercía aún su monarquía, había anunciado ya que no pensaba retirarse —lo había anunciado para defenderse, precisamente, de las impacencias de Pompidou— y la baza del aspirante era la del tiempo, la de sus cincuenta y siete años frente a los setenta y ocho del general. Pero en sus palabras había mucho de dogmatismo, había mucho del estilo de la República de De Gaulle. Nunca se ha oído tanto la palabra destino en Francia desde Napoleón. La palabra pueblo, la palabra urnas, la palabra elección, suenan opacas y cortas para estos hombres de una hornada de dirigentes que se cree cargada de sacralización histórica y quizá no pronuncian el término «carisma», pero que se lo creen. Es natural. Si se analizan las cifras, son pobretonas. Pompidou ha sido elegido presidente por algo más de la mitad de los votos de las dos terceras partes del censo —el otro tercio se ha abstenido—, y el censo, en Francia, representa poco más de la mitad de la población total del país. El sufragio universal es menos universal de lo que parece. Es natural que estos hombres que se dicen nacidos directamente de la genética de la historia traten de entretenerse lo menos posible en la contabilidad. Es una tarea para la oposición, que la oposición hubiese rehuído rápidamente de ser ella la elegida. De Gaulle, ciertamente, parecía nacido directamente de un embate histórico que le había sacado de la oscuridad de las oficinas militares donde había pasado ya casi la mitad de su vida para proyectarle al bello papel de libertador —probablemente escrito por otros guionistas, en Washington y en Londres—, en una contrafigura francesa del gran trágico Hitler. Luego había producido el hermoso mito de la reencarnación en sí mismo durante las jornadas huracanadas en que la guerra de Argelia se estaba ya convirtiendo en guerra civil. Pero, ¿de dónde podía sacar Pompidou una genealogía? De algo podría valerle su brillante carrera en la Escuela Normal Superior, molde de intelectuales dirigentes, de clase política y clase de mandos. De poco, o de nada, los años pasados junto a Rothschild como apoderado del gran banquero en su banca de la calle Laffite. Huelen demasiado a dinero, y el dinero no rima con el destino. Huelen, además, a dinero judío, que tiene muy mala prensa desde antes de que Hitler naciera —lo cual no evita que todo el mundo lo códicie—. El propio De Gaulle se lo había ya reprochado cuando le vio aceptar el puesto, con una de sus frases lejanas, frías y despectivas: «Alors, Pompidou, on chosit l'argent». No es fácil de traducir con toda su carga de reproche y desprecio. Su claridad tampoco lo hace muy necesario. Pompidou había expillado, entonces, que el único capital que quería aumentar era el de su experiencia; aprender, recibir de Rothschild enseñanzas económicas y financieras que pudiesen servirle «un día». En realidad, en 1954 era mucho más atractivo aprender algo de Rothschild que aprenderlo de De Gaulle. En 1962, en cambio, en el momento del regreso al poder, lo atractivo era el regreso al viejo general, que elevaba de nuevo sus dos estrellas militares por encima de los coroneles coloniales. Y Pompidou volvió. Todo esto, genealógicamente, hay que inventarlo de nuevo para darle un sabor de mito. Pompidou, una de cuyas vocaciones no muy secretas es la de la literatura, se lo da con esta frase: «Mi única nota política es haber sido elegido por De Gaulle. Procedo de esa autoridad soberana». Ciertamente, Pompidou fue nombrado primer ministro por la sola voluntad del soberano De Gaulle, sin intervención de Asamblea ni electorado. He aquí algo que, en la misteriosa democracia francesa, parece considerarse como un mérito. Con la ambición de trascendencia lo es, en efecto. Si De Gaulle era un hijo de la historia, el hombre nacido de su costado sería un nieto de la historia. El personaje, sin embargo, era aún bastante borroso,

incluso como primer ministro. O, sobre todo, por ser primer ministro. Debía tener, al mismo tiempo, el brillo prestado, el brillo de satélite y la opacidad suficiente para no molestar, como tenían los grandes visires de «Las Mil y Una Noches» junto al poderoso sultán. Pompidou gobernaba por delegación. Aun sus iniciativas y sus verdaderos actos de gobierno debían ser lo suficientemente cautos como para que parecieran del otro cuando terminaban en buen éxito y lo suficientemente patentes si fracasaban. Pero de esta última parte no había mucho que preocuparse, en ese tipo de regímenes los fracasos de gobierno no abundan. La capa de la televisión los tapa todos. Pompidou hacía lentamente, guarecido en su edad, la carrera de delfín, esperando solamente que el Otro —la «autoridad soberana»— llegase a designarle sucesor un día. Pero veamos cómo el destino, realmente, intervino cuando tanto se le invocaba. En mayo de 1968, De Gaulle se había ido a Rumania a explicar a los rumanos cómo funciona la verdadera democracia y cómo en cada país debería haber alguien como él, cuando, de pronto, estalló en París algo que se ha llamado una revolución y que, en efecto, lo fue. Lo fue de una manera repentina, espontánea. Pompidou estaba solo. No había más que él, el poder era él, y Pompidou encontró que había hallado la ocasión que el Otro nunca le había dejado: la de «salvar a Francia». En sus seis días, hasta que el general abandonó en una mesa el caviar y el champán de una recepción y decidió darse por enterado de que algo olía a podrido en Dinamarca, Pompidou hizo algo más que enfrentarse a una revolución que unió la Universidad con diez millones de huelguistas obreros, y fue inventarse una derecha. Una derecha que recogiera desde los extremistas de la Argelia francesa, que estaban deseando unirse al poder y no podían hacerlo porque el nombre de De Gaulle se lo impedía —aún mantenía presos a los suyos, aún recordaban las palabras de su engaño, cuando les dijo: «Je vous ai compris!», para luego perseguirlos a sangre y fuego—, hasta los burgueses timoratos asustados de sus hijos. Cuando De Gaulle, regresando a París, llegó a pensar en retirarse y desapareció durante toda una jornada, fue Pompidou el que hizo frente a la situación. Y fue él quien, después, organizó, dirigió, montó las elecciones de junio de 1968 que debían aglomerar la derecha. Dos hombres providenciales son muchos para un solo país.



VIETNAM

Del F. L. N. al Gobierno Provisional Revolucionario

De Gaulle todavía tenía en ese momento más cantidad de providencia que Pompidou, y el primer ministro desapareció para dejar su puesto a otro gran visir más gris, menos ambicioso, a Couve de Murville. Pompidou se fue a la nada, pero se fue envuelto en buenas y generosas palabras. El soberano le declaró «disponible para cualquier mandato que pudiera confiarle la Nación». Ya no era más que diputado. Con este título se dirigió a él André Malraux en el banquete de despedida. «Señor diputado». Pero las palabras del gran aventurero literario tenían también la miel del futuro: «Señor diputado, levanto mi copa por su destino». Pompidou viajó, peregrinó, escribió. Esperaba. Esperaba, quizá, con sólo dos fuerzas, la del destino y la de la edad. Pero muchos veían en De Gaulle a un Inmortal. No en el sentido metafórico de la palabra, no inmortal en el recuerdo, sino inmortal en la política y hasta en la vida. Estos grandes hombres suelen caer por lo que parece un accidente tonto, y De Gaulle tuvo el suyo con el referéndum del 27 de abril. Los historiadores inminentes ven en ese referéndum, convocado tan sólo por una reforma administrativa, un aspecto de la lucha del hijo de la historia contra el nieto de la historia, un deseo de mostrar que él, De Gaulle, también ganaba elecciones y que el país no había votado a Pompidou en julio de 1968, sino a él. Si era eso lo que quería demostrar, demostró lo contrario. A De Gaulle le mató en abril la derecha que había conglomerado Pompidou en junio del año anterior. Esa derecha que le negaba el poder a De Gaulle tenía ya en la mente la victoria de Pompidou. De Gaulle no caía para que el país buscara un presidente, sino para que la derecha, con una enorme fuerza, colocara en su puesto al que tenía ya elegido. Si la derecha es el destino, el destino estaba ya decidido. Todo lo demás que ha sucedido desde entonces ha sido decorado. Decorado democrático. Los fantoches de la izquierda apareciendo en las pantallas de la televisión como cabezas parlantes, insulsas y vacías —como que se le iba a dar la televisión a un comunista o un trotskista si realmente ello hubiera podido cambiar la marcha del país—, el alucinado —por su presidencia provisional— Alain Poher, hablando de un centro inexistente. Los carteles, las auscultaciones de opinión, los votantes del domingo —de los dos domingos— no eran más que coro, comparsas, espectáculo, justificación. El juego está hecho de antemano, decidido de antemano. Quién sabe ahora si es más hijo de Rothschild que de De Gaulle...

¿Qué va a hacer ahora el señor presidente? Simplemente, va a evitar que las estructuras se rompan, va a evitar que nada cambie mientras parece que todo cambia. No nos fijemos demasiado en su campaña electoral. Lo que él ha dicho durante ella apenas ha tenido sentido. Si lo analizamos bien, veremos que quizá tenía más sentido —porque tenía más base real, más sostén en las estructuras bases de quienes ejercen el poder— que lo que han dicho los otros candidatos. Si en Francia hay cambios en el poder, no serán los que proporcione el sistema electoral, la constituciones elaboradas por De Gaulle —y, a su sombra, por el Pompidou que se beneficia ahora de ellas y que quizá pensaba ya que estaba cortando su propia tela—, sino los que produzcan los choques entre política y sociedad. Hay que pensar, ahora, que se va a vivir un régimen mucho más coherente que el anterior. Más claro, más directo. De aquí a seis meses ya no habrá, probablemente, ninguna de las contradicciones que eran propias del degolismo. Antes de seis meses, antes de un año, no habrá contradicción entre el capital y los intereses de Israel, entre el occidentalismo y los de Estados Unidos, entre el nacionalismo y la construcción de Europa. Este nuevo régimen, este pompidulismo, tendrá la ventaja de ser claro, más directo. Más normal. Lo encabeza un hombre decidido y moderado, inteligente, excelente político. Lo sostienen todos los grandes intereses económicos del país, y entre dinero y dinero no hay contradicciones en cuanto a formas de gobierno. Su única flaqueza puede ser el triunfalismo. Que crea que toda la fuerza está en sus manos y que nadie se la puede arrebatar. Que olvide mayo de 1968, no como anécdota, sino como muestra de un fondo francés, como síntoma de algo que está pasando.



LA SEÑORA NGUYEN THI BINH, MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES.

La creación por el Frente Nacional de Liberación del Vietnam de un Gobierno provisional, tiene una extraordinaria importancia diplomática. Desde hace años, las tropas del cuerpo expedicionario de los Estados Unidos luchan específicamente para evitar que los guerrilleros conquisten una ciudad de importancia que pueda convertirse en nueva capital del Vietnam del Sur con un Gobierno revolucionario. Aun sin esta baza geográfica, el F.L.N. ha considerado oportuno en este momento establecer por primera vez un Gobierno que planteará a muchas naciones la necesidad de reconocimiento. La primera ha sido Argelia, que ha decidido convertir en Embajada la representación del F.L.N. en Argel, y enviar un embajador argelino cerca del Gobierno Revolucionario Provisional del Sur del Vietnam. La rapidez con que los argelinos han reaccionado parece dar a entender que se trataba de un acontecimiento previsto y tratado, y, aún más, que probablemente había quedado establecido que fuese un país del tercer mundo, de régimen no comunista, el que diera este primer paso con carácter de precedente. Tampoco el Gobierno revolucionario del Vietnam del Sur aparece como una formación de régimen comunista, sino que entre sus veintidós miembros se cuentan representantes de distintas tendencias políticas, de las distintas religiones mayoritarias y minoritarias del país y de los grupos étnicos. Es indudable que las conversaciones de paz en París van a estar ahora conducidas por parte del F.L.N. como una delegación gubernamental y tendrán otro valor diplomático. El precedente más inmediato es el de Argelia —ra-

zón también importante para que ese país mogrebí sea el primero en reconocer el nuevo Gobierno—, cuya transformación política siguió el mismo camino que ahora sigue el Vietnam del Sur: combatientes aislados, creación de guerrillas cada vez más compactas y más unitarias, formación de un Frente de Liberación y, finalmente, Gobierno provisional. En Washington ha causado una cierta inquietud la declaración de principios del nuevo Gobierno, en la que se dice dispuesto a alcanzar una victoria «total y completa» sobre «el agresor americano», pero otros comentaristas estiman, por el contrario, que la formación de este Gobierno era un paso necesario para la formación de un Gobierno de coalición en Saigón que termine la guerra y prepare las elecciones libres. La presencia en el Gobierno, como ministro de Asuntos Exteriores, de la señora Nguyen Thi Binh, que representaba hasta ahora un papel importante en las negociaciones de París, hace suponer a esos observadores optimistas que, a pesar de las declaraciones de principios, el Gobierno Provisional Revolucionario va a ser bastante negociador. Tiene ahora un gran interés ver qué países, neutralistas o comunistas, van a reconocer este Gobierno. Es también interesante la reacción que pueda tener Francia con su nuevo Presidente. En París existe ya desde hace tiempo una delegación del F.L.N. con cierto «status» diplomático, con sede en un callejón de Montparnasse, tras el histórico café de «La closerie des Lilas». La elevación a categoría de Embajada de esa delegación será una piedra de toque para saber qué queda de las doctrinas degolistas en el nuevo régimen francés.